DÍA DE MUERTOS

Hilda Guzmán Montelongo

Capítulo 1

Dicen que todos tenemos un doble en alguna parte, pero yo no lo creía hasta que me morí.

Al año siguiente esperaba encontrar mi retrato rodeado de ceras y flores, con una ofrenda de flautas, enchiladas y gallina en mole verde, que es lo que más me gustaba en los días de fiesta. Curiosamente, en el zaguán me topé con un arco decorado con hojas de palma y flores de cempasúchil y del que pendían frutas; pegada al arco, sobre una mesa con un mantel bordado, había una ofrenda de chocolate, atole, calaveras de dulce y nueces y cacahuates. Sobre la mesa habían puesto a un santo que no supe quién era y el retrato de un abuelo reinando solo sobre el altar. Pensé que seguramente me había extraviado. No en vano era mi primera visita de Día de muertos. Haciendo memoria, recordé que en mi casa ya teníamos otros muertitos a los que les poníamos altar año con año, así que me pregunté por qué había un solo retrato y por qué ese tipo de altar no encajaba con la región donde yo había vivido… y me había muerto, claro está. «¿Qué andaba haciendo yo en la Huasteca, si había vivido en la región de Aguascalientes, donde celebran el Día de muertos al estilo mestizo y no el xantolo indígena?» —esa y otras preguntas me hacía mientras inspeccionaba todo a mi alrededor. No solamente el zaguán, el resto de la casa también se parecía a la que había sido mía, pero había pequeños detalles que la hacían diferente. Por ejemplo, una bicicleta muy usada que estaba en un rincón del patio y que se cayó al quererla tocar. Escuché voces alegres en la cocina que decían: «Ya llegó mi abuelito». No me acordaba de haber tenido nietos; según yo, me morí antes de que mi hija se casara. Decidí pasar a la cocina y desengañarme de una vez, a lo mejor aún me daba tiempo de llegar a mi pueblo, entre Aguascalientes y Zacatecas, aunque no sabía con qué velocidad podíamos desplazarnos los difuntos. Ahí estaba mi esposa, o alguien muy parecido a ella, y mi hija también. Las dos se veían un poquito más viejas de lo que yo las había dejado. Entre ellas estaba sentado un hombre que debía ser mi yerno (en caso de que yo fuera el difunto del altar) y padre de las dos niñas que jugaban a asustarse con sus títeres en forma de esqueletos. Mientras yo los observaba, ellos comentaron que hasta en la muerte extrañaba yo mi bicicleta, así que no es raro que haya hecho ruido en el patio tratando de subirme a ella. Yo les hubiera dicho que nunca supe andar en bicicleta, pero no podemos hablar con los vivos, incluso en ese día, solamente nos encontramos a su lado. Al poco tiempo llegaron unos señores disfrazados y se pusieron a bailar frente al arco y la ofrenda. Luego «mi señora» los invitó a tomar chocolate caliente con pan de muerto; entonces me enteré de que yo había sido caporal de su cuadrilla y que todos los años recorríamos las calles bailando durante el festejo del Xantolo o sea, el Día de muertos huasteco. Me sentí orgulloso porque la verdad es que en vida siempre me había llamado la atención el grupo de matachines de mi pueblo, me hubiera gustado danzar con ellos, pero mis padres pensaban

que eso era cosa de «indios» y me quedé con las ganas. Cuando «mi yerno» se levantó para perfumar con el copal el zaguán, decidí seguirlo. Tomé la foto del altar y la observé con atención: no cabía duda, éramos muy parecidos, aunque el del retrato tenía algunos años más que yo. Me daba pena irme, me sentía tan bien con ellos que decidí quedarme y representar a su muertito en ese día de fiesta con la esperanza de que él hiciera lo mismo en mi pueblo.

A ver si este año doy con el camino correcto.